

# EL AMOR DE NUESTRO PADRE Y LA CONFIANZA EN ÉL

LA SANACIÓN EN EL AMOR DEL PADRE.....2

- El amor de Dios Padre sana.....2
- Caminos de sanación a través del amor del Padre.....7

NUESTRA RESPUESTA AL AMOR DE DIOS:  
LA CONFIANZA.....12

ANEXO: NOVENA A DIOS PADRE.....19

- Día 1. Dios, nuestro Padre, y su ser más íntimo.....19
- Día 2. El corazón del Padre nos espera abiertamente.....20
- Día 3. El corazón del Padre: fuente de misericordia.....22
- Día 4. Dios, nuestro Padre.....24
- Día 5. La generosidad de nuestro Padre.....26
- Día 6. Conocer a nuestro Padre.....28
- Día 7. Honrar a nuestro Padre.....30
- Día 8. Amar a nuestro Padre.....32
- Día 9. Al servicio del amor del Padre Celestial.....33

# LA SANACIÓN EN EL AMOR DEL PADRE

*Conferencia dictada en un retiro espiritual en Quito (Ecuador),  
septiembre de 2017*

## EL AMOR DE DIOS PADRE SANA

### Introducción

No existe nada que sea más grande y hermoso, nada que llegue a mayor profundidad en el corazón del hombre que el amor de nuestro Padre Celestial. En él se sana toda nuestra humanidad, pues el hombre fue llamado a la existencia por amor. Este gran “sí”, que Dios ha pronunciado sobre nuestra existencia y que abarca nuestra entera vida, nos permite vivir a pesar de tantos “no” que experimentamos. El “sí” de Dios es la melodía básica de nuestra vida.

*“Creó Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios le creó, hombre y mujer los creó” (Gen 1,27).*

La Sagrada Escritura nos narra el drama de la historia del hombre, que se dejó seducir a la desobediencia a Dios, perdiendo así su belleza e integridad originarias. En lugar de ir creciendo en el conocimiento de Dios y madurando en el designio para el cual Él lo había creado, sucedió, a través del pecado, aquella trágica ruptura en la historia de la humanidad. Esta ruptura ocurrió tanto en el interior del hombre mismo, como en su relación con los demás y con Dios. Sus consecuencias son fatales: la visión sobrenatural de Dios se perdió, las potencias de nuestra alma quedaron debilitadas y la inclinación al mal se volvió dominante. De ahí proceden todas las secuelas destructivas que podemos experimentar hasta el día de hoy.

Pero Dios, nuestro Padre, no abandonó a su criatura, ni nos dejó a merced de nuestras malas inclinaciones, ni entregados a la influencia diabólica que pretende mantenernos en desobediencia a Dios.

Expresándolo de una forma humana, podríamos decir que el amor de Dios se ingenia miles de planes para liberar al hombre de su miseria. En terminologías teológicas, diríamos que Dios, en su omnisciencia, supo integrar en su plan de salvación nuestra culpa y sus consecuencias.

## Consecuencias de la separación de Dios

Para este tema, es de suma importancia que comprendamos las consecuencias que tuvo el pecado. Una de ellas es el destierro del paraíso.

En el paraíso vivíamos en una seguridad natural con Dios, en una relación familiar de mucha confianza. Y precisamente en este punto se dio aquella ruptura tan drástica para la vida del hombre: la consecuencia del pecado fue la pérdida de la natural relación de amor que en el principio tenía con Dios. En su lugar, le entró miedo al hombre, como nos narra la Biblia en el libro del Génesis:

*“Oyeron luego el ruido de los pasos de Yahvé Dios que se paseaba por el jardín a la hora de la brisa, y el hombre y su mujer se ocultaron de la vista de Yahvé Dios por entre los árboles del jardín” (Gen 3,8).*

Este versículo nos muestra que el pecado perturba el verdadero conocimiento de Dios. Ahora, con el destierro del paraíso, comienza la historia de la proliferación del pecado y, en consecuencia, la creciente oscuridad en nuestro conocimiento de Dios. La imagen de Dios se distorsiona en nuestro interior...

Ya en la historia de la tentación, el Diablo, bajo forma de serpiente,

se había acercado a la mujer, intentando desfigurar la imagen que ella tenía de Dios. Al principio del diálogo entre Eva y la serpiente, ella aún da una correcta información: *“Podemos comer del fruto de los árboles del jardín. Mas del fruto del árbol que está en medio del jardín, ha dicho Dios: ‘No comáis de él, ni lo toquéis, so pena de muerte.’”* (Gen 3,2-3)

Sabemos nosotros que Adán y Eva sucumbieron a la tentación de incumplir el mandato de Dios, comiendo del fruto prohibido. Es importante comprender que ya aquí la mujer se dejó llevar por una imagen falsificada de Dios. La serpiente supo maniobrar la conversación hasta el punto de llevar a la mujer a pensar que Dios le estaba privando de algún conocimiento importante. Así, Eva abrió la puerta a la mentira del Diablo, que trastornó en ella la imagen de Dios.

Este sutil acontecimiento, que sacudió la confianza en Dios, creando una falsa o distorsionada imagen de Él, con el fin de impedir que el hombre comprendiera adecuadamente su amor y lo acogiera en su interior; atraviesa ahora toda la historia de la humanidad. Incluso puede encontrarse una distorsionada imagen de Dios en el anuncio del evangelio.

Podemos resumir todo esto en un punto esencial: nuestra confianza en Dios, que nos permite vivir seguros y confiados en su amor, ha quedado sacudida por el pecado. Aun como personas creyentes puede resultarnos difícil sabernos profundamente amados por Dios. Una gran sombra ha caído sobre nuestra relación con Dios.

### ***Consecuencias interiores del pecado***

La disminución, o incluso destrucción de la confianza originaria es una de las razones esenciales por las que estamos necesitados de sanación; pues esta carencia suscita inseguridad, falta de integridad interior y un sinfín de actos con los que intentamos compensar nuestras deficiencias.

Saberse amado es esencial para vivir, pues sin verdadero amor no hay vida. Pero el amor llegará a ser plenamente efectivo solo en el momento en que el hombre lo acoja en él y permita que se reestablezca la relación de confianza. Entonces, todo podrá crecer y madurar.

El Diablo ha atacado un punto elemental, al disturbar la confianza en que el hombre convivía con Dios y al distorsionar la imagen de Dios, nuestro Padre amoroso, hasta el punto que algunas personas lo consideran como un déspota.

Ahora viene Jesús para revelarnos al Padre en su propia persona. Su gran anhelo es que aceptemos la Redención, que es la obra del Padre mismo. El Señor sabe que los hombres solemos tener una imagen bastante imperfecta e incompleta de Dios. Él quiere glorificar al Padre y mostrar, en cada una de sus palabras y obras, cuán grande es el amor de Dios hacia nosotros. A Felipe le dice: “*Quien me ve a mí, ve al Padre*” (Jn 14,9). En la parábola del hijo pródigo, nos muestra a Dios como el Padre que se adelanta para salir al encuentro del hijo infiel que retorna a casa, y que habla benévolamente con el hijo fiel que ha permanecido junto a Él, para que también él se alegre por el retorno de su hermano.

¡Jesús nos muestra un Dios que desciende con su amor hasta las profundidades de la humanidad, para llevar a los Suyos de retorno a casa! ¡En los sacramentos, Él viene tan cerca de nosotros!

### ***Consecuencias en la vida de las personas***

En trastorno en la relación con Dios repercute en las relaciones interpersonales, de manera que los hombres se hieren mutuamente. Las peores heridas son aquellas que lastiman el amor y la verdad.

Las experiencias de vida y la psicología nos muestran cuán

profundas son las heridas causadas por la traición o el abuso del amor, y cuán abandonadas se pueden sentir aquellas personas que en su hogar y en su entorno social no han recibido el amor necesario. Estas personas están constantemente en busca de sanación de aquel gran déficit. Posiblemente no estén conscientes de las dependencias en las que se pueden estar metiendo, y quizá no notan los problemas que tienen en su propia capacidad de amar. Tal vez busquen ayuda psicológica para poder manejar mejor sus desórdenes emocionales. En el peor de los casos, estas personas pueden caer en adicciones. Frecuentemente les faltará una sana autoestima, y, en consecuencia, estarán siempre en busca del reconocimiento de los demás.

Una sana psicología podría servir como diagnóstico, de modo que la persona esté más consciente de sus problemas; y una terapia adecuada podría ayudar a tratar con los problemas interiores de manera que no nos dominen totalmente, y a que no nos convirtamos en constante carga para los demás.

Pero la psicología no es capaz de sanar el origen y el núcleo de los problemas; pues, en el fondo, es una razón trascendente: es la falta de seguridad en el amor de Dios y la incapacidad de acogerlo plenamente en la propia persona. El origen del problema está en que vivimos con naturalidad en este amor, y por tanto no tenemos la seguridad en nuestra existencia de criaturas. O, expresado en otros términos: El núcleo del problema es el hecho de que ya no se viva con la consciencia de ser hijos amados de Dios.

## CAMINOS DE SANACIÓN INTERIOR A TRAVÉS DEL AMOR DEL PADRE

Como hemos dicho, la raíz del problema de nuestro interior herido reside en la ruptura de la relación con Dios, con todas las consecuencias que ésta acarrea en nuestra vida exterior e interior. Por ello, en primer lugar, hemos de reestablecer la relación con Dios, a través de una vida de constante conversión y a través del firme propósito de corresponder a su amor. Solo viviendo en estado de gracia y habiendo ordenado nuestra vida ante Dios, podrá penetrarnos Su amor. Mientras esto no suceda, Su amor nos rodea y nos llama a la conversión, para poderse entregar plenamente a nosotros.

Entonces, si vivimos en estado de gracia y nos esforzamos sinceramente en no perderla, tendremos la predisposición necesaria para poder comenzar un proceso de sanación, cuyo indispensable comienzo está en la conversión a Dios.

En el momento de la conversión, acogemos la gracia de Dios y nuestra voluntad se aparta de los caminos torcidos para dirigirse a Dios. La voluntad es una potencia de amor, y una vez que ésta se aleje del pecado y se entregue al amor purificador de Dios (lo cual sucede a través del sacramento de la penitencia), se renovará la gracia del bautismo que probablemente ya habíamos recibido. Los sacramentos de la Iglesia siempre nos ofrecen la gracia de su fuerza sanadora, y la infunden en lo profundo de nuestro ser. A través de una vida de seguimiento de Cristo, esta gracia bautismal llega a activarse, por así decir, en un proceso orgánico. Pero si este proceso se ha visto interrumpido a causa del pecado, puede ser llevado adelante solo a partir de la conversión.

El Espíritu Santo, que ha sido derramado en nuestros corazones (cf. Rom 5,5) y que es el amor entre el Padre y el Hijo, quiere someterlo todo al señorío amoroso de Dios y devolverlo todo al orden por Él establecido. En ese sentido, es el Espíritu Santo quien quiere sanar las consecuencias del pecado. Para ello, el primer paso es, como ya habíamos mencionado, conducir nuestra vida de regreso al orden de Dios, y consolidarla en Él. Como siguiente paso, el Espíritu Santo se dedicará a las consecuencias que el pecado ha provocado en nuestra alma. Todas ellas han de ser tocadas por el amor divino, para que puedan ser reducidas y finalmente superadas, integrándolas además en el plan salvífico de Dios.

Es un gran consuelo saber que Dios se vale incluso de los errores que hemos cometido en el pasado, y puede hacerlos parte de su plan de salvación. Aunque el Espíritu Santo se encarga de fortalecernos para que podamos resistir contra aquellas tentaciones que antes nos vencían, todos nuestros esfuerzos pueden ser ofrecidos no sólo como reparación por nuestros pecados, sino también para aquellos que todavía están esclavizados por los pecados que nosotros pudimos dejar por la gracia de Dios.

Es el Espíritu Santo quien nos recuerda todo lo que Jesús dijo e hizo (cf. Jn 14,26), actuando como memoria viva de Él en nosotros. Puesto que Jesús refleja al Padre (cf. Jn 14,9), cada una de sus obras y palabras nos muestra el amor del Padre. Por ello es tan importante que interioricemos las palabras de la Escritura, particularmente aquellas que nos revelan la ternura y el cuidado que Dios tiene para con nosotros.

El proceso de sanación interior a través del amor del Padre, sucede en la medida en que nos hagamos conscientes de que Su amor estuvo siempre ahí, a pesar de que en nuestra vida hayan sucedido muchas cosas contrarias a él. A través de la fe, hemos de aferrarnos a esta convicción: el amor del Padre está siempre ahí y jamás desapareció de nuestra vida, aunque no lo hayamos sentido o en



determinadas circunstancias no lo hayamos podido experimentar a nivel emocional. Sabemos que el amor del Padre no está sometido al cambio, ni a las limitaciones propias de las creaturas; antes bien, está siempre ahí y puede penetrarlo todo. Es capaz de derretir el hielo que rodea nuestro corazón y puede tocar todas las durezas en nuestro interior. Puesto que el Padre es la verdad, su presencia ahuyenta todas aquellas consecuencias del pecado que trajeron confusión a nuestra alma, destierra los errores que han oscurecido su resplandor y aparta la influencia engañosa de los demonios, que pretenden robar la luz divina a los hombres.

La certeza del amor de Dios es firme como su eterna Palabra. Por ello debemos afianzarnos en él, pues, abriéndonos a su efecto sanador, será tocado el núcleo de nuestra enfermedad y el mal podrá ser curado desde su raíz. ¡Hay que entender que es precisamente esto lo que el Señor quiere realizar en nosotros!

¿Cómo podremos, pues, llegar a estar más conscientes de este amor que nos rodea y que a todo tiempo está dispuesto a derramarse en nuestro interior, con tan solo abrirle nuestro corazón?

Voy a proponer cinco consejos que podrán ayudarnos en este proceso:

- 1) Acoger e interiorizar la palabra de Dios en la Sagrada Escritura, particularmente aquellos pasajes que nos hablan del amor providente de nuestro Padre; ya sea que procedan del Antiguo o del Nuevo Testamento. Meditemos, por ejemplo, aquellas palabras donde el Señor nos dice: “¿Acaso olvida una mujer a su niño, sin dolerse del hijo de sus entrañas? Pues aunque ellas se olvidasen, yo jamás te olvidaría. Aquí estás, tatuada en mis manos.” (Is 49,15-16a); o aquellas palabras que Jesús nos dirige: “¿No se venden cinco pajarillos por dos ases? Pues bien, de ninguno de ellos se olvida Dios. Hasta los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. No temáis; valéis más que muchos

pajarillos” (Lc 12,6-7). ¡Encontraremos muchos pasajes de este tipo!

Tal vez nos choquemos con sentimientos contrarios en nuestro interior, sentimientos de rebeldía o cuestionamientos acerca de lo que leemos. Tales sentimientos requieren ser sanados por la Palabra de Dios, que es verdad y amor. Si permitimos que Ella los toque, entonces aquellos sentimientos contrarios y falsos podrán ser penetrados, y sus efectos serán debilitados en nosotros.

- 2) Contemplar la cruz como signo del amor y del perdón de Dios, y como evidencia de la permanente invitación a entrar en el corazón abierto del Padre a través del Hijo. Cuanto más agradezcamos al Señor por la gracia de la Redención y cuanto más nos aferremos a la certeza de su amor, tanto más podrá actuar esta gracia, tocando nuestro corazón confundido y colmándolo de gratitud. La gratitud abre la puerta para reconocer cada vez mejor el amor de Dios, un amor paternal que sana.
- 3) Permanecer ante el Sagrario, para meditar hasta dónde llega el amor de Dios. Si pasamos tiempo en silencio frente al Sagrario, permitiremos que la dulce presencia de Cristo penetre en nuestro corazón. Al permanecer allí ante la Eucaristía, sin hacer otra cosa que cerciorarnos de Su amor, podremos comprender cada vez más el amor de Dios y convencernos más y más de él.
- 4) Otra ayuda en este camino de sanación podría ser la lectura de un pequeño librito que nos describe, de una manera extraordinaria, el amor de nuestro Padre Celestial. Se trata de un mensaje que Dios Padre mismo dictó a Sor Eugenia Ravasio, en el año 1932, expresándonos de mil formas el inmensurable

amor que nos tiene. El mensaje fue largamente examinado y finalmente aprobado por la Iglesia. Su título oficial es “El Padre habla a sus hijos” o “La vida para la gloria del Padre”. Cada una de sus páginas es una declaración de amor del Padre a los hombres, y una expresión de su profundo deseo de ser correspondido. Puesto que son palabras de Dios mismo, que nos han sido transmitidas por medio de la Madre Eugenia, podrán tocar nuestro corazón y sanarlo.

- 5) Abrirle al Padre misericordioso aquellas emociones, sentimientos de vida y mentiras interiores que se opongan a la verdad del amor divino.

## NUESTRA RESPUESTA AL AMOR DE DIOS: LA CONFIANZA

El amor de nuestro Padre Celestial lo ilumina todo. Es la verdadera luz, que nos ha sido manifestada de forma especial en la venida del Hijo de Dios al mundo. A través de sus palabras y obras, Jesús quiere mostrarnos esta gran verdad: ¡Nadie podrá arrancarnos de Dios! Así, el Señor nos invita a abandonarnos confiadamente en las manos del Padre.

De hecho, esta es la maravillosa respuesta que podemos darle a su amor. Además, esto es lo que corresponde a la verdad de nuestra existencia, pues no puede haber nada más coherente que abandonarse en Aquel que nos ha creado, que nos ha redimido, y cuyo gran amor podremos recibir a plenitud en la eternidad. ¡Todo fiel podrá comprender y constatar esta sencilla lógica!

Sin embargo, no siempre nos resulta fácil confiar. En efecto, aquella confianza originaria que existía en el paraíso entre el hombre y Dios, quedó profundamente herida tras el pecado de nuestros primeros padres. El Diablo siguió trabajando en transmitirnos una falsa imagen de Dios. Ya en el Paraíso quiso convencernos de que Dios nos priva de los bienes deseables, y hace todo por crear en nosotros una falsa imagen del Padre (cf. Gen 3,1-15).

A este engaño del Diablo, vienen a añadirse las diversas experiencias humanas, que defraudaron la confianza que habíamos puesto en ciertas personas; las inseguridades de la vida; y muchas otras heridas. Probablemente proyectamos muchas de estas malas experiencias a la relación con Dios.

En este sentido, es tanto más importante que recuperemos y

profundicemos la confianza en Dios, de manera que ésta se nos convierta en una convicción real, en la podamos sostenernos en todas las situaciones de la vida. En la escuela de la confianza, aprenderemos a comprender que incluso las circunstancias difíciles son permitidas por Dios para nuestro provecho (cf. Rom 8,28).

Ahora bien, esta convicción no debe quedarse en el plano de un conocimiento teórico que nos transmite la Sagrada Escritura; sino que ha de penetrarnos por completo y hemos de actualizarla en cada situación concreta de la vida.

No sólo para nosotros es importante recuperar y profundizar la confianza en Dios; sino que Dios mismo se complace enormemente en que los hombres confíen en Él. Esta actitud nuestra desata su actuar salvífico, y abre la puerta a través de la cual Él quiere donársenos.

Basta con fijarnos en nuestra experiencia humana para comprender esta realidad. Cuando ponemos nuestra confianza en una persona, la estamos fortaleciendo, porque ella no querrá defraudarnos. Asimismo, si alguien confía en nosotros, nos vemos como 'obligados' a corresponder a esta confianza. Ciertamente Dios no necesita este tipo de "compromisos", pero, al tener una actitud verdaderamente confiada hacia Él, Su amor puede alcanzarnos y no ponemos barreras que impidan que Él se manifieste. Además, se profundiza la relación íntima con Dios, y se la edifica sobre una base sólida.

Así, pues, la confianza es la actitud más apropiada que podamos tener frente a Dios; una gran confianza en su infinito amor, que es más fuerte que nuestros pecados, debilidades y flaquezas; la confianza en el amor de Dios, que supera sobremanera cualquier amor humano.

Echemos ahora un vistazo sobre la Omnipotencia de Dios. Debemos tenerla realmente presente, pues, como nos lo enseña la Sagrada

Escritura, “*nada es imposible para Dios*” (Lc 1,37). Podemos aprender a aplicar esta verdad cuando nos encontremos en situaciones que no parecen tener salida. Pensemos, por ejemplo, en la realidad global del mundo, que está tan enredado que no le vemos solución, y daría la impresión de que el Mal lleva la delantera. Desde una perspectiva meramente humana, la resignación sería la reacción normal.

Pero no podemos quedarnos ahí, sino que hemos de dirigirnos a Dios a través de la oración. De este modo, dejamos a un lado nuestras propias conclusiones y expresamos nuestra confianza en Él: Él lo tiene todo en Sus manos, y sabrá llevarlo a buen término, a pesar de la resistencia humana, a pesar del pecado, a pesar de las fuerzas demoníacas... ¡El Mal no triunfará para siempre, aunque durante un tiempo nos parezca ser así!

Pero la Omnipotencia de Dios no se refiere solamente a las dificultades exteriores, sino que podemos aplicar esta certeza también para nuestra realidad interior, para las circunstancias familiares, etc.

Recordemos que Dios tiene su mirada puesta sobre nosotros en cada instante, guiándonos y acompañándonos como un Padre amoroso. Aunque no lo sintamos así, e incluso nos parezca que está lejos, la fe y la confianza nos revelan la auténtica realidad. Dondequiera que vayamos, podemos contar con el amor y la misericordia de Dios, que resplandecen sobre nosotros como un sol luminoso, aun si las nubes lo cubren. Dios nos ha llamado por nuestro nombre a través de Cristo: ¡somos Suyos! Él nos pide nuestro amor, y, precisamente en nuestra fe y confianza, podemos expresárselo.

Como fieles, estamos llamados a edificar nuestra vida sobre Dios, y no sobre el frágil fundamento de nuestra naturaleza humana. Nuestra seguridad, aquella que podrá resistir en todas las tormentas de la vida, está cimentada en su amor, en su Palabra, en su deseo de salvarnos. A través de la confianza y de la fe, ponemos nuestra

seguridad en Dios, y así vivimos sobre una base sólida.

Esta confianza en Dios puede volverse el principio fundamental de nuestra vida, independientemente de las emociones que tengamos. Nuestra experiencia sensible no es capaz de decirnos si Dios está o no cerca de nosotros. Por ello, conviene que nos aferremos a la certeza de que Él está siempre de nuestra parte.

La antítesis de esta confianza es la desconfianza, que es una ofensa al amor. Esto podemos constatarlo también a través de nuestra experiencia humana. Cuando alguien se dirige a nosotros con una actitud desconfiada, es difícil que podamos corresponderle adecuadamente. Todo lo que hagamos lo interpretaría como si se tratara de un daño que se le está causando, aunque podamos demostrarle lo contrario. Esto sucede cuando el corazón ya ha sido envenenado por la desconfianza.

Es necesario que aprendamos a trabajar contra esta desconfianza, si la descubrimos en nuestro interior. De lo contrario, ésta envenenará la relación con Dios y la relación con los demás. Ciertamente es una dura batalla que tiene lugar en el interior del corazón. Se la combate haciendo actos concretos de confianza, pidiendo a Dios su Espíritu Santo, tratando de ver las cosas como Él las ve...

También es necesario que activemos la confianza en Dios cuando vemos que siempre volvemos a caer en los mismos pecados o debilidades. Esto puede resultarnos difícil, pues nos decepcionamos de nosotros mismos, nos echamos en cara las cosas e incluso podemos llegar a acomplejarnos. Esta reacción es comprensible; sin embargo, nos queda el amor de Dios, que quiere perdonarnos y devolvernos la fuerza.

Hemos de mantener en pie la confianza también en aquellos momentos en que nos parezca que nuestra oración no está siendo escuchada, pues la fe nos enseña que ninguna oración sincera se

pierde, y que Dios se valdrá de ella de acuerdo a lo que más convenga a su plan de salvación. Esto cuenta también en aquellos momentos cuando atravesamos calamidades o estamos cargados de sufrimientos.

También debemos reaccionar con la confianza ante nuestros miedos existenciales o cuando nos enfrentamos a una dura crisis económica. Dios nos mostrará una salida también en estas situaciones, y estamos llamados a aferrarnos a esta certeza.

Otra gran antítesis de la confianza es el miedo. En este contexto, vale recordar estas palabras del Señor: *“En el mundo tendréis sufrimientos, pero confiad: yo he vencido al mundo”* (Jn 16,33). El problema está en que fácilmente nos dejamos arrastrar por el miedo; y, con tal de evitar un mal, nos olvidamos de abrírselo a Dios. En este caso, evitar el mal que nos amenaza se convierte en nuestra única meta. De este modo, le damos demasiada importancia y fuerza al mal que estamos tratando de evadir. Pongamos un ejemplo: El miedo a la enfermedad puede ser tan intenso que nos olvidamos de entregársela a Dios, pues estamos únicamente ocupados en curarla con cualquier medio que tengamos a nuestro alcance.

También se nos pide una actitud de confianza cuando se nos encomienda una gran misión y no nos sentimos capaces de llevarla a cabo. ¡Confiemos en Dios y no nos dejemos impresionar demasiado por nuestras propias limitaciones!

Tampoco podemos perder la confianza cuando atravesemos oscuridades interiores. ¡Precisamente en esos momentos podemos estar seguros de que Dios está con nosotros!

No debemos confundir la confianza con un optimismo natural, que te hace decir con ligereza que “todo estará bien”. Confiar significa abandonarse del todo en Dios, poner toda nuestra esperanza en Él y en su bondad. Tal confianza nos libraré de la confusión y de la



inquietud, y nos dará la valentía para aceptar nuestra vida y cumplir la tarea encomendada.

## ¿Cómo se puede adquirir confianza?

En primer lugar, hemos de meditar con la mayor profundidad posible aquellas palabras de la Escritura que nos hablan de la confianza en Dios. Descubriremos muchos pasajes de este tipo, pues a través de ellos Dios quiere ayudarnos a crecer en el confiado amor a Él.

Además, podemos reflexionar con frecuencia acerca de nuestra vida, reconociendo cuántas veces Dios nos ha acompañado y de cuántos males nos ha preservado.

Estamos llamados a agradecer siempre a Dios por nuestra vida, aceptando con gratitud cada situación de su mano. Así, nuestro corazón se volverá más suave y más receptivo.

Por otra parte, nunca quedará sin respuesta una oración en la que pidamos a Dios que acreciente nuestra confianza.

También es importante que trabajemos en nuestro interior, por ejemplo, si descubrimos en nosotros actitudes desconfiadas y malagradecidas. Además debemos ser vigilantes con nuestros sentimientos y pensamientos erróneos, y hemos de aprender a enfrentarnos a ellos en el Espíritu de Dios.

Otra ayuda para acrecentar la confianza en Dios es la buena literatura espiritual.

También conviene que aprendamos a confiar más en las personas, aunque esto no significa que debamos volvernos ingenuos e

imprudentes.

Podrá servirnos, además, escuchar el testimonio de otras personas que nos cuenten sobre su relación de confianza con Dios.

Todo esto nos ayudará a crecer en la confianza, en la cual podemos ejercitarnos día tras día. Esta actitud librerá nuestra vida de coacciones interiores, y Dios podrá glorificarse más y más en nosotros.

Si empezamos a vivir en una relación de confianza con Dios, recuperamos algo de la despreocupación del estado paradisiaco del hombre, algo de la familiaridad en el trato con Él previo a la caída en el pecado original, tal como Dios quiso. La relación de amor entre Dios y el hombre adquiere así un extraordinario brillo, que atraerá también a otros.

# NOVENA A DIOS PADRE

Día I:

“Dios nuestro Padre y su ser más íntimo”

*Dios es el amor.*

Esta afirmación es la esencia de todo el mensaje que nos transmite la Sagrada Escritura. Podemos asentir y repetir con todo nuestro corazón: “¡Dios es el amor!” Con esto, hemos pronunciado ya la gran verdad, y ahora hace falta que la vayamos comprendiendo en todos sus aspectos que se nos presentarán tanto en el tiempo como en la eternidad.

“*Hagamos al hombre a nuestra imagen y como semejanza nuestra*” (Gen 1,26). Estas son las palabras del origen de la Antigua Alianza, pues Dios nos hizo a su imagen y nos modeló según la plenitud de su amor. Nuestro Padre Celestial es amor en todo su ser; y todo cuanto hace, lo hace por amor y está impregnado de este amor.

Dios es luz y no hay en Él tiniebla alguna. Cada una de sus intenciones es perfectamente pura, pues el amor verdadero no persigue los propios intereses.

*Dios, nuestro Padre, es omnipotente y todo bondadoso.*

El ángel caído, Lucifer, anhelaba alcanzar la omnipotencia de Dios; pero no su absoluta bondad. Pero la omnipotencia divina se muestra precisamente en su bondad infinita. Así, el Padre se nos revela en su misericordia.

*¿Cómo podemos conocer a Dios?*

Podemos conocerlo en su mayor profundidad a través del amor, cuando aprendemos a comprender lo íntimo de su ser gracias a la

acción del Espíritu Santo. Si vivimos en una estrecha y confiada relación con Él, notaremos con una claridad cada vez más grande que:

*¡Dios nos amó primero!* (1Jn 4,19)

Dios, nuestro Padre, quiere perdonar; Dios quiere salvar; Dios quiere redimir; Dios quiere llevar todo a la plenitud en Sí mismo... ¡Dios quiere vivir en medio de sus hijos!

## Día 2:

### “El corazón de nuestro Padre nos espera abiertamente”

Nosotros, los hombres, hemos sido creados a imagen de Dios (cf. Gen 1,26). Con razón se habla de que el corazón constituye el centro de la persona. Solamente aquellas cosas que realizamos con todo el corazón, adquieren su expresión plena e integral. Al hacer las cosas con el corazón, les imprimimos el sello de toda nuestra identidad. De este modo, actuaremos y hablaremos con verdadera convicción.

De los diferentes sufrimientos que podemos experimentar, aquellos que afectan el corazón son los más intensos y penetrantes. Esto está relacionado con el hecho de que el corazón es, por así decir, la ‘sede del amor’. ¡Nuestro corazón está sediento de amor! Su dicha está en recibir o donar amor. En cambio, cuando el amor se apaga, el corazón queda frío y vacío. Puede estar ampliamente abierto para Dios y para las personas; pero, por otro lado, puede también cerrarse rotundamente frente a Dios y las personas.

Nuestro corazón es muy sensible y puede reaccionar con finura frente al bien y frente al mal. De él mismo procede también el bien y el mal, como Jesús nos lo enseña (cf. Mt 15,19). Nosotros podemos decidir qué es lo que permitimos morar en nuestro corazón, y frente a qué o a quién lo cerramos. También es necesario que aprendamos

a colocar frente a Dios aquello oscuro que descubrimos en nuestro corazón, para que Él lo toque y lo transforme con su amor.

En el camino espiritual, hablamos de la “conversión del corazón”, que significa servir a Dios gustosamente, y adherirse a Él en un amor verdadero y, por tanto, duradero.

Sabemos que Jesús, consultado por un escriba, sintetizó todos los mandamientos en éste: *“Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas”*; y *“Amarás a tu prójimo como a ti mismo”* (Mc 12,30-31).

Entonces, si descubrimos en nuestro corazón cosas que no correspondan a estos principales mandamientos, nuestra mirada ha de dirigirse hacia Dios, a cuya imagen hemos sido creados.

También Dios tiene un corazón, pues Él es el amor mismo. Todo lo que Él hace brota de este amor y está marcado por él. Desde el momento de nuestra creación, cuando fuimos llamados a la existencia a partir de la amorosa imaginación de Dios, la motivación de todo fue el amor divino.

Entonces, si el amor divino es la razón de nuestra existencia, ¡cuánto anhelará el corazón de Dios unirse a su criatura!, ¡cuánto anhelará que acojamos y recibamos su amor!

El corazón de Dios no conoce la oscuridad. Jamás se separa del amor, que es su esencia más íntima. Si rechazamos su amor, Él permanece fiel, pues no puede negarse a sí mismo (cf. 2Tim 2,13). A través de expresiones humanas Él nos da a entender cuánto nos ama, cuánto sufre por su pueblo, que una y otra vez está en peligro de apartarse de Él, que es su Padre y Creador. Con las más tiernas palabras, Él quiere hacernos comprender que su corazón está abierto para nosotros y que le duele tanto que rechazemos su amor. ¡Pero Dios no necesita de nuestro amor, pues Él posee la plenitud en Sí mismo! Y precisamente por eso su amor es tanto más verdadero, pues está exento de intereses personales. Su corazón es puro, libre de toda mancha o imperfección. Y está sediento de nuestro amor, para

podernos conceder la plenitud de su riqueza, pues sólo al corresponder a su amor con nuestro amor podrá realizarse todo lo que Dios tiene preparado para nosotros.

**Día 3:**  
**“El corazón de nuestro Padre como  
fuente de misericordia”**

Nosotros, los hombres, con nuestra naturaleza caída y nuestras limitaciones, con las incertidumbres de nuestra vida y de nuestro cambiante entorno; necesitamos una constante y firme razón para la existencia. ¡Esta razón de ser es el amor de nuestro Padre!

Su amor nos concede vida, luz, claridad y seguridad. En él está nuestro refugio, pues el amor divino no sufre cambios, ni se retira cuando nosotros nos hemos debilitado y hemos cedido a aquellas inclinaciones que nos apartan de Dios.

Dios se dona a Sí mismo a la humanidad de forma particular en su misericordia. Él abre su corazón con amplitud para que encontremos clemencia en él. Dios no es, de modo alguno, el despiadado juez que se fija en cada una de nuestras faltas. Por el contrario, Él siempre quiere conducir al hombre hacia la reconciliación y hacia un cambio de vida; antes de mostrarle y hacerle sentir las consecuencias de su mala conducta.

Y es que Dios no quiere castigar ni vengarse, sino que quiere perdonar. Él se apiada de nosotros y nos ofrece una y otra vez su amor, por más enredada que esté nuestra situación de vida. Y esto lo hace de forma particular con aquellos que tratan de seguirlo seriamente, pero que siempre de nuevo se enfrentan a sus debilidades y quedan vencidos por ellas.

Aunque el camino de seguimiento de Cristo sea un asunto de suprema seriedad y aunque tengamos que actuar con mucha responsabilidad por cuanto hemos recibido, el Señor no quiere que vivamos tensos o que caigamos en escrúpulos que nos llevan a ver a Dios con miedo. Él nos ofrece su amor, su paciencia, su indulgencia y su sutileza como fundamento de la relación con Él. Nuestro Padre nos invita a ser cada vez más delicados en el trato con Él, y a desarrollar en nosotros el don de temor de Dios y el de piedad; de manera que no sólo evitemos ofender a Dios, sino que además lo hagamos todo por amor a Él.

Para este camino necesitamos su clemencia, pues una y otra vez reconoceremos las limitaciones de nuestra capacidad de amar. Nuestro Padre las conoce, y nos consuela y fortalece para continuar en el camino iniciado y para volvernos a levantar después de las caídas, sin jamás llegar a dudar de su amor. ¿Qué tipo de amor sería el que nos dé la espalda en cuanto fallemos en el camino? ¡Ciertamente nuestro Padre no es así! Él quiere que siempre regresemos a su corazón, que es la fuente de misericordia, y que confiemos incondicionalmente en Él. Y esta confianza puede edificarse sobre las experiencias de la misericordia de Dios. ¡Cuántas veces hemos podido experimentar su clemencia, cuando hemos acudido sinceramente a Él en la oración, en la confesión o en otras formas que Él nos indica!

Hemos de sellar en nuestra consciencia y en nuestro corazón la certeza de que Dios, en su amor, está siempre a nuestro favor; y de que no quiere otra cosa que revelarnos aún más profundamente su amor.

De forma particular cuando experimentamos su misericordia en una situación que nos es difícil, podemos percibir su amor que nos levanta y nos vuelve a dar vida. Así, pues, la misericordia divina no es sólo el puente que conduce al pecador hacia la verdadera vida; sino que también está para el que ya recorre el camino de Dios y se esfuerza por llegar a la santidad.

Su misericordia es la fuente en la que somos purificados una y otra vez de todo lo que nos mancha e impide que la luz divina nos penetre completamente. Es ella la que debería alentarnos a retomar de nuevo el camino y a continuar en él, y es ella la que nos debe hacer capaces de ser también misericordiosos con nuestro prójimo.

#### Día 4: “Dios, nuestro Padre”

Si contemplamos el amor que Dios nos tiene y nos percatamos de su inmensidad, podríamos preguntarnos qué es lo que Él quiere de nosotros y cuál es la actitud que debemos tener frente a Él.

La respuesta es inequívoca: Dios quiere que respondamos a su amor, y Jesús nos da a entender en qué consiste primordialmente esta respuesta: *“Si me amáis, guardaréis mis mandamientos”* (Jn 14,15).

Dios aprecia de manera especial nuestra confianza, y siempre trata de conquistarla. Por la caída en el pecado original, la confianza en Dios quedó enormemente afectada. En vez de vivir en una relación confiada con nuestro Padre, hemos comenzado a tener miedo de Él, como consecuencia del pecado.

Ya en el paraíso, la serpiente sedujo al hombre, creando una falsa imagen de Dios. La serpiente quiso dejarnos la impresión de que el Padre nos priva de algo tan importante como es el conocimiento del bien y del mal (cf. Gen 3,5). Satanás sigue trabajando con este mismo esquema a lo largo de todos los tiempos, para apartarnos de la confianza en nuestro Padre amoroso. Con tristeza hay que admitir que, en gran parte, ha logrado su objetivo.

¡Jesús, en cambio, nos presenta una imagen totalmente distinta del Padre! Dios quiere estar entre nosotros; se preocupa por nosotros; conoce cada una de nuestras sendas; quiere conducir todo hacia el



bien; y a tal grado ama al mundo, que ha venido a nosotros a través de su Hijo, para ayudarnos a cargar el peso de esta vida, para abrirnos la puerta hacia la vida eterna y para acogernos como hijos, perdonando nuestros pecados a través de su propio Hijo.

Si leemos la Sagrada Escritura desde esta perspectiva, descubriremos en cada detalle la lucha de Dios por reconquistar nuestra confianza en Él. El Padre desea que confiemos en su amor infinito y en su misericordia. Quiere que acudamos a Él con todo lo que tenemos, y especialmente con lo oscuro que hay en nosotros, con nuestras debilidades y culpas.

Por supuesto que Dios quiere que abandonemos los caminos del pecado; que trabajemos con constancia en la superación de nuestras debilidades; que renovemos y profundicemos una y otra vez nuestra intención de servirle. Pero todo ello debe suceder en el ambiente de una amorosa familiaridad espiritual y en una profunda confianza hacia Dios y hacia todos los Suyos.

Nuestro Padre está esperando que nos entreguemos a Él por completo y que en todo confiemos en Él, pues sólo Dios es capaz de revertirlo todo en favor de nuestra salvación. Y esta confianza no ha de ser solamente teórica; sino que debe marcar toda nuestra vida, convirtiéndose en nuestra seguridad fundamental.

¡Y eso no es todo aún! La confianza en Dios glorifica al Padre y corresponde a la vocación de nuestra existencia. ¡Dios es el amor incondicional! Y aunque podamos rechazarlo a través del abuso de nuestra libertad, no por eso Él dejará de amarnos. Constantemente nos está invitando a la conversión; nos llama a volver como el hijo pródigo a los brazos de su Padre (cf. Lc 15,11-24). Y a los que ya emprendieron el camino en pos de Cristo, los invita a crecer en el amor.

Para Dios es un enorme regalo nuestra confianza en Él. ¡Podemos estar seguros de que le agrada sobremanera!

Y la confianza no es unilateral; sino que también Dios confía en

nosotros. Él nos regala a su Hijo, le entrega a la Iglesia los sacramentos y el tesoro de la evangelización, nos permite participar en la construcción de su Reino en este mundo, a pesar de todas nuestras limitaciones y debilidades... Él nos confía el milagro de la procreación, en el cual surgen nuevas vidas humanas; nos da el conocimiento sobre tantos misterios de su creación... Y, más aún: nos confía su propio amor y nos confiere poder sobre su corazón a través de nuestro amor.

## Día 5: “La generosidad de nuestro Padre”

La generosidad hace parte del ser de Dios. Con gran alegría, Él nos comparte sus inconmensurables riquezas. No solamente nos da vida; sino que quiere darnos “vida en abundancia” (cf. Jn 10,10).

En la eternidad nos espera un gozo y una dicha sin igual, que no tendrá fin. Ya no habrá necesidad, ni habrá tribulación, ni habrá llanto (cf. Ap 21,4)... ¡Dios mismo será nuestra recompensa! Para nuestra vida terrena, nos envía su Espíritu, que clama en nosotros “Abbá, Padre” (cf. Gal 4,6) e “intercede por nosotros con gemidos inenarrables” (Rom 8,26). ¡Y este Espíritu nos es concedido en abundancia!

De forma particular, podemos reconocer la generosidad de Dios en su disposición para perdonar las culpas. Recordemos cómo Jesús en la cruz perdonó al ladrón arrepentido con estas palabras: “Hoy mismo estarás conmigo en el paraíso” (Lc 23,43). Si invocamos su Nombre una sola vez con todo el corazón, Dios nos salvará. ¡Así es nuestro Padre!

Siempre está atento a cualquier oportunidad para donársenos, y además nos da la posibilidad de que también nosotros pongamos en práctica esta generosidad: “Os aseguro que cuanto hicisteis por uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis” (Mt

25,40). Dios jamás olvidará ninguna cosa buena que hayamos hecho; en cambio, gustosamente olvida y perdona nuestra culpa, si nosotros nos arrepentimos y le pedimos perdón.

Jesús nos dice en el evangelio que *“a todo el que tiene se le dará”* (Mt 25,29). Podemos interpretar adecuadamente este versículo si lo referimos al amor. El que ama recibirá cada vez más amor, pues la razón de la generosidad del Padre es el amor. Dios quiere donar y donarse, pues esto corresponde a la esencia del verdadero amor.

*“Dando es como se recibe”*, exclamaba San Francisco de Asís; y el Señor aseguró que *“el que pierda su vida, la ganará”* (Mt 10,39). También estas frases han de ser comprendidas desde la perspectiva del amor: a quien se entrega a sí mismo, respondiendo con generosidad a la invitación de Dios, se le abrirá y ensanchará su corazón, de manera que puede acoger cada vez más el amor divino. El que entrega su vida a Dios y a los hombres, podrá pregonar ya en esta vida la dicha de la vida eterna.

También en nuestra vida espiritual nos esperan innumerables gracias, en cuanto correspondamos generosamente a la invitación de Dios a seguirlo.

Dios nos permite penetrar en los misterios de su Ser: *“Ya no os llamo siervos sino amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer”* (Jn 15,15). Si damos los pasos que el Señor nos invita a dar, entonces recibiremos grandes alegrías ya en esta vida.

Nuestro Padre nos invita a corresponder a su generosidad con nuestra generosidad, entregándonos a Él por completo, siguiendo los impulsos del Espíritu y tratando de conocer y cumplir los deseos de su corazón. Podemos darle a nuestro Padre las riendas de nuestra vida y abandonarnos del todo en Él. Entonces nos contagiará de su generosidad y ésta se hará parte de nuestro ser, de modo que seamos generosos para con Dios y para con los hombres.

## Día 6: “Conocer a nuestro Padre”

En el año 1932, Dios Padre se apareció a la Madre Eugenia Ravasio. Ella escribió el mensaje del Padre Celestial. Después de una larga evaluación, el obispo encargado dio el reconocimiento eclesiástico a este mensaje. Así, la humanidad ha recibido un valiosísimo regalo en el librito titulado “El Padre habla a sus hijos”.

En este mensaje, Dios Padre revela, a través de conmovedoras palabras, el amor que nos tiene a nosotros, los hombres. De muchas formas y desde diversas perspectivas nos transmite su amor. Nos permite echar una mirada a su corazón y quiere que toda la humanidad lo reconozca, lo honre y lo ame. De hecho, solamente así podremos llegar a una verdadera relación con Dios y encontrar nuestra propia dicha.

Entonces, ¿cómo podemos conocer a nuestro Padre?

El padre nos habla a través de su Palabra. Permitamos que la Palabra de Dios nos hable al corazón, y meditémosla como lo hacía nuestra Madre María. Así podremos conocer a Dios. Ya en el Antiguo Testamento Dios se manifestó a través de la boca de sus profetas. Él se hizo presente en ellos y a través de ellos hablaba a su pueblo. El que conoce la historia de su pueblo elegido, sabe cuánto Dios lo ama, cuánto se preocupa por él, cuánto anhela estar en medio de él y caminar junto a él. Con Moisés hablaba cara a cara (cf. Ex 33,11).

Nuestro Padre no dejó de manifestarse, y en su Palabra nos concede su Espíritu para poder comprenderlo.

Pero Dios vino aún más cerca de la humanidad a través de su Hijo Jesucristo. En Él, el Padre está plenamente presente: “*Quien me ve a mí, ve al Padre*” (Jn 14,9). En todo lo que Jesús hace y dice, podemos reconocer a Dios tal como es. En Jesús, enviado al mundo por nuestra salvación, se nos revela la plenitud del amor del Padre. Cada enseñanza y cada obra realizada por Jesús nos transmite su amor.

De forma particular podemos reconocer el amor del Padre en la cruz de Jesús, en la cual dio su vida por nuestra salvación. Contemplemos la cruz y tratemos de comprender que es Dios mismo, quien nos está ofreciendo su misericordia a través de su propia pasión y muerte. El corazón de Dios está plenamente abierto, el Padre invita a su hijo a volver a casa, sin importar dónde se encuentre.

También reconocemos el amor del Padre en cada tabernáculo, en el que Jesús está presente, esperándonos para entregarse a nosotros. A través de la santa comunión, el Padre nos concede su más tierna presencia en la mansedumbre de su Hijo.

Además, tenemos la luminosa presencia del Padre en nuestras almas a través del Espíritu Santo, que mora en nuestro interior. Él, nuestro consolador, nos recuerda todo lo que Jesús dijo e hizo (cf. Jn 14,26), y nos transforma a la imagen de Cristo. Así, el Padre ha encontrado una forma de estar siempre con nosotros, morando sin cesar en nuestro interior.

Podríamos mencionar muchos otros medios a través de los cuales Dios se da a conocer: su presencia en la Iglesia y en las almas de los santos, su presencia en el curso de la historia, su presencia en la hermosura y en el silencio de la naturaleza, su presencia en el arte y en la música, entre muchos otros... Todos estos elementos interpretan un cántico de amor del Padre hacia nosotros; todos ellos nos hacen comprender su constante intento de conquistar al hombre.

A nosotros nos corresponde poner atención y aprender a distinguir la suave voz de Dios que nos habla de tantas formas, particularmente susurrando directamente a nuestro corazón.

El Padre nos invita a vivir confiadamente cerca de Él, y se alegra cuando le dedicamos tiempo. ¡Él colma de bienes al alma que simplemente permanece frente a Él en la oración, abriéndose y abandonándose a su amor en lo más profundo del corazón! María, la Madre del Señor y Madre nuestra, nos ayudará a conocer el íntimo

amor del Padre, a acogerlo y a vivir en él.

## Día 7: “Honrar a nuestro Padre”

Un refrán alemán dice así: “Honra a quien merece honra”. ¡Este dicho se aplica a Dios Padre mejor que a nadie más! A Él le corresponde “el honor, la gloria y la alabanza”, como exclama maravillosamente el cántico del Apocalipsis (cf. Ap 5,12).

Si pudiéramos echar un vistazo al cielo, siendo testigos de cómo los ángeles y santos, que viven en amorosa y plena comunión con Él, lo honran sin cesar; entonces nuestra actitud frente a Dios se vería profundamente traspasada.

¿Cómo podríamos honrar al Padre como Él lo merece, o al menos intentarlo?

Cuando honramos a una persona, estamos reconociendo los méritos que se ha ganado. Los destacamos y así ensalzamos a la persona frente a los que han sido testigos de esta honra. Pensemos, por ejemplo, en alguien que ha hecho algo bueno o que ha obtenido un gran logro. Ciertamente veremos a esta persona con respeto y quizá incluso con admiración; en todo caso, apreciaremos su mérito.

Ahora bien, si esto sucede ya en el ámbito terrenal, ¡cuánto más deberíamos alabar a Dios por su extraordinaria obra de la Creación! A Él, que todo lo ha hecho bien; a Él, que nos puso todo a disposición; a Él que nos da la fuerza para obrar el bien y para llevar a otros a que también lo honren...

La meditación de esta gran verdad debería suscitar en nosotros profundísima gratitud, respeto y amor. Deberíamos vivir en una actitud de constante admiración, al contemplar la belleza de la creación y sus insondables misterios.

Y esta admiración puede incrementar aún más si nos fijamos en la

infinita sabiduría y amor con que Dios Padre llevó a cabo la obra de la salvación. No escatimó ningún esfuerzo para arrebatarnos de las tinieblas de la perdición y conducirnos a su luz admirable.

Si el Espíritu Santo nos abre los ojos, descubriremos cada vez más la inmensidad del amor de Dios, reconoceremos la obra maestra de la salvación y lo honraremos por ella. Y no lo honramos solamente con las palabras y las alabanzas de su bondad, sino también a través del cumplimiento de sus deseos e intenciones. Así, podemos adquirir una actitud de respeto frente a la vida y a las personas, porque en todo descubriremos Su sabiduría.

Le damos la gloria a Dios al honrar sus obras y toda la sabiduría y gloria que hay en ellas, sabiendo que Él es su origen y su causa. Así, le devolvemos a Él lo que le pertenece. Al apreciar una obra de arte, estamos alabando a su artífice, que es quien la creó. Y, aún más, podemos alabar al Espíritu que inspiró al artista. Finalmente, si llegamos a la última causa de todo, honraremos a Dios, que obra todo en todos.

También glorificamos a nuestro Padre cuando damos testimonio de Él frente a las personas y cuando les ayudamos a descubrir cuál es la verdadera fuente de todo bien, es decir, Dios mismo. El hombre que honra a Dios, una vez que lo ha conocido más profundamente, está entrando en la gran verdad de su existencia; y así toda su vida encontrará un nuevo sentido y se transformará a través del Espíritu de Dios.

Le damos, además, mucha gloria a Dios cuando empleamos lo más bello que Él nos ha dado para la construcción de su Reino y para Él mismo. Nunca una voz resuena con más belleza que cuando canta para la gloria de Dios; nunca una palabra es más significativa que cuando proclama la bondad y el amor de Dios; nunca una persona es más auténtica que cuando entrega su propia libertad, poniéndola a disposición de Dios.

## Día 8: “Amar a nuestro Padre”

Lo mejor que podemos darle al Padre es nuestro sincero amor. Recordemos que Jesús nos dijo: *“El que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama”* (Jn 14,21). Esta es la respuesta constante y necesaria, de manera que el amor de Dios no sólo tenga que buscarnos, sino que además pueda penetrarnos. Mientras no vivamos de acuerdo a los mandamientos, Dios llamará a la puerta de nuestro corazón, para que lo dejemos entrar. Si le abrimos la puerta, vendrá el Padre junto al Hijo y al Espíritu Santo para poner su morada en nosotros (cf. Jn 14,23).

Esto sucede particularmente por la maravillosa presencia del Espíritu Santo en nosotros. El Espíritu Santo es precisamente el amor del Padre y del Hijo que ha sido derramado en nuestros corazones.

Así inicia el camino de la íntima amistad con Dios. Él ve nuestros esfuerzos por obedecerlo y cumplir su voluntad. De este modo, puede instruirnos cada vez más sutilmente y su amor puede irnos modelando según la imagen de su Hijo. Esta transformación sucede de forma particular a través de las mociones e invitaciones del Espíritu Santo, que no grita ni hace ruido; sino que se dirige a nosotros como la suave brisa que experimentó el profeta Elías. Es preciso seguirlo y responder a ese amor que ahora mora en nuestro interior, y que viene a nuestro encuentro por todas partes.

¿Puede haber algo que glorifique más a Dios que la respuesta a su amor? ¡Por el amor podemos conocer a Dios no sólo en sus obras; sino en su propio Ser! La Sagrada Escritura nos dice: *“Dios es amor, y todo el que permanece en el amor, permanece en Dios”* (1Jn 4,16).

Entonces, si el amor ha sido derramado en nuestros corazones, sólo necesitamos acoger sus directrices y así creceremos y daremos gloria a Dios.



Repitámoslo una vez más: cuanto más escuchemos al Espíritu Santo y le demos espacio en nuestra vida, tanto más amaremos al Padre, pues su Espíritu es el amor divino que crece en nosotros. De este modo, podemos participar del misterio de amor de la Santísima Trinidad, ya que el Espíritu Santo es el amor entre el Padre y el Hijo.

Este mismo amor será el que nos empuje a las buenas obras, que glorifican a Dios y sirven a los hombres. Cuando obedecemos al Espíritu Santo, nos vamos transformando según la faz de Jesús, llegando a pensar y actuar como el Señor mismo lo hacía. Por eso, de este modo podemos amar más y más al Padre y Él será glorificado en nosotros.

Y ahora este amor divino nos empuja a salir en busca de las personas para invitarlas a acercarse a él. De hecho, la misión significa tener parte en el anhelo de Dios por conducir a sus hijos de regreso a casa, que es Su mismo Corazón. Nada le agrada tanto a Dios como nuestra acogida cada vez más profunda de Su amor, y la realización de las obras de Su amor.

El Apóstol Pablo habla de un „deber que le incumbe“ (cf. 1Cor 9,16). Se trata de una obligación que nace del amor; o, en palabras aún más bellas, del ‘dulce yugo del amor’, que lo mueve a obrar incansablemente por el Reino de Dios. Con un corazón ardiente, San Pablo conformó y cuidó las comunidades cristianas, se compadeció de la necesidad de los hombres y anunció “a tiempo y destiempo” el Evangelio (cf. 2Tim 4,2).

¡Todo ello glorifica a nuestro Padre, y nos permite crecer en amor a Él!

## **Día 9: “Al servicio del amor del Padre Celestial”**

¡La dicha de Dios es estar entre nosotros, los hombres! ¡Y esto cuenta para cada persona en particular!

Lamentablemente lo conocemos muy poco. Incluso a nosotros, los cristianos, nos hace falta vivir en una relación de plena confianza con Él. ¡Pero qué preciosa sería la vida si en todo descubriéramos el amor de nuestro Padre; si supiéramos que en Él está nuestro refugio; si percibiésemos cómo Su amor está obrando en nosotros, conduciéndonos por el camino de la perfección!

Dios quiere que aquellos que ya lo conocen vivan en una relación cada vez más íntima con Él. Así sabrán comprender con creciente claridad Sus deseos, que proceden del corazón de un Padre que está sediento de sus hijos y que quiere colmarlos de bienes.

Es sencillo comprender el hecho de que el Padre invita a los que ya han comenzado a amarlo, a buscar junto a Él a los que todavía están perdidos.

En el librito que ya hemos citado frecuentemente, titulado “El Padre les habla a sus hijos”, nuestro Padre menciona su deseo de que los justos, es decir, aquellos que intentan vivir conforme a sus mandamientos, tengan un celo más grande por ayudar a que las personas hallen la fe en Dios. En dicho mensaje, el Padre nos pide que vayamos hacia las personas para dar testimonio de Su amor, pues si ellas supieran cómo es nuestro Padre en verdad y con cuánta ternura Él ama a los hombres, los corazones de muchos se dirigirían a Él con más facilidad.

Tanto para la vida personal como para el apostolado es esencial que en nosotros mismos despierte un gran amor al Padre, y que estemos llenos de este amor. Así podremos mostrar a los hombres con más autenticidad cómo es Dios en verdad.

Dios sigue buscando a Su pueblo, a aquel que Él se escogió como primicia, pero que hasta hoy, al menos en su mayoría, no ha reconocido a su Mesías. Y Dios busca también a todos los otros pueblos.

Existen muchas maneras de tocar a las personas: caminos directos y

caminos indirectos.

Nuestro Padre está en busca de almas que se pongan al servicio de su amor sin reservas. De manera particular, llama a aquellos que, por su misma consagración, están en una especial relación de amor con Él. Precisamente en estos “hijos de su amor” Dios quiere penetrar más profundamente, capacitándolos para dar al mundo el testimonio de su amor.

Día a día podemos ir descubriendo el amor del Padre e ir creciendo en él. Día a día, a través de nuestra oración y de nuestro testimonio, podemos anunciar el amor del Padre a aquellos que están lejos de Él. Cada día podemos ser causa de alegría para el Padre, quien puede hacer obras grandes a partir de las cosas más sencillas.

¡Todo el cielo, y particularmente nuestro Señor Jesucristo, se regocijaría si nos abandonásemos y entregásemos del todo y sin reservas al amor del Padre! De Él procede todo, y todo retorna a Él. La Iglesia pronuncia cada una de sus oraciones en el Espíritu Santo, a través de Jesucristo, Nuestro Señor, para gloria de Dios Padre.

## Conclusión

Esta novena que hoy culminamos tenía como objetivo mostrarnos más de cerca el amor del Padre, para que podamos experimentarlo como fuente de nuestra alegría. Durante estos nueve días, hemos sido invitados a profundizar nuestra confianza en Dios, a glorificarlo y a amarlo, entrando en una íntima amistad con Él. Al final de esta novena, podríamos consagrarnos de forma especial a Dios Padre; esto es, hacer un acto consciente para darle a entender que queremos responder a la invitación de su amor y poner toda nuestra vida en sus manos. Podríamos sellar esta consagración en una sencilla oración como esta:

*“Amado Padre Celestial, hoy me consagro a Ti con todo lo que tengo y todo*

*lo que soy. Ayúdame a vivir con la confianza puesta en Ti y a hacer gustosamente tu voluntad. Haz que mi vida fructifique, para que Tú seas conocido, glorificado y amado a través de ella. Permíteme ser un verdadero apóstol de Tu amor paternal. Amén.”*

O podríamos también leer la siguiente oración de Charles de Foucauld:

*“Padre, me pongo en tus manos,  
haz de mí lo que quieras,  
sea lo que sea, te doy las gracias.*

*Estoy dispuesto a todo,  
lo acepto todo,  
con tal que tu voluntad se cumpla en mí,  
y en todas tus criaturas.*

*No deseo nada más, Padre.*

*Te confío mi alma,  
te la doy con todo el amor  
de que soy capaz,  
porque te amo.*

*Y necesito darme,  
ponerme en tus manos sin medida,  
con una infinita confianza,  
porque Tú eres mi Padre”.*